

CONTINUAMENTE se publican en la prensa americana testimonios espectaculares de ex prisioneros americanos que nos hablan de las torturas a las que, según ellos, fueron sometidos en Vietnam del Norte.

¿Son verídicos tales relatos? En cualquier caso, su utilización con fines propagandísticos de «justificación» no ofrecen ninguna duda, y es esto precisamente lo que indigna a los americanos hostiles a la política vietnamita de Nixon. Militante de primera hora, Jane Fonda acaba de denunciar, en un boletín editado por la Indochina Peace Campaign, esa intoxicación que puede «llevar al fascismo».

Durante el invierno de 1971, más de cien ex combatientes de Vietnam, oficiales y simples soldados, organizaron en Detroit la Winter Soldier Investigation. Tras arrancarse las estrellas y condecoraciones que habían lucido en sus pechos, esos hombres contaron al público americano, en un gesto de total sinceridad, las atrocidades que habían cometido, o por lo menos presenciado, en Vietnam. Aquel valeroso esfuerzo destinado a ayudarnos a conocernos mejor a nosotros mismos y a comprender también mejor la guerra que estábamos librando en aquel país no los convirtió empero en héroes. Antes bien, en las raras informaciones publicadas sobre el particular se llegó a poner en duda hasta la identidad de aquellos hombres, a los que se presentó como «antiguos combatientes, según ellos».

Pues bien, cerca de seiscientos ex prisioneros de guerra, todos los cuales gozan aparentemente de buena salud, acaban de regresar de Vietnam del Norte. Sólo un pequeño porcentaje de estos hombres afirman haber sido torturados. Sin embargo, las informaciones parecen dar a entender que las torturas eran sistemáticas y estaban generalizadas en aquel país. La revista «Time» ha titulado así: «Por fin se pueden decir estas cosas!». Y nadie ha hablado esta vez de «presuntas torturas» o de «sedicentes prisioneros».

¿No sería conveniente, sin embargo, acoger con escepticismo todos estos relatos que nos llegan a través de un espectacular montaje del Pentágono? Al fin y al cabo, el Pentágono ha estado mintiendo más de veinte años al pueblo americano en todo lo relacionado con la intervención estadounidense en Indochina. ¿No deberíamos desconfiar de todas estas historias orquestadas por una administración cuya corrupción acaba de salir a la luz pública y cuyo jefe supremo contribuyó en su tiempo a hundir al país en el terror macarthysta? ¿No deberíamos dudar de la veracidad de ciertos relatos que contradicen lo que sabemos de los vietnamitas? ¿Por qué no nos hemos preocupado, por qué no hemos sentido la necesidad de estudiar la historia y la cultura vietnamitas con suficiente atención para poder defender a ese pueblo con confianza? ¿Nos hemos vuelto tan cínicos por culpa de la brutalidad institucionalizada de nuestro sistema que no podemos evitar el atribuir la misma brutalidad al pueblo viet-



LAS MASCARAS DEL PENTAGONO

namita? «Después de todo, dicen algunos, si un avión vietnamita fuese derribado sobre nuestro país después de una serie de bombardeos intensivos su piloto sería linchado. ¿Por qué no iban a hacer lo mismo los vietnamitas? (...) Nuestros corazones se han endurecido hasta el punto de que nos es imposible ya imaginarnos que puedan

prisioneros asegurar haber sido torturados. Muchos de ellos califican de tortura el hecho de haber sido obligados a comer arroz, a beber agua caliente (los vietnamitas hierven el agua para matar las bacterias), a inclinarse ante sus carceleros, así como el hecho de haber estado incomunicados. Un número casi igual de ex prisioneros denun-

JANE FONDA

existir gentes que vivan de modo distinto y que obedezcan a diferentes motivaciones (...).

No pretendo afirmar la falsedad de todos los relatos de los prisioneros que hacen referencia a los malos tratos recibidos. Para mí nada justifica el que se trate brutalmente a un prisionero. Sin embargo, es una mentira, una mentira orquestada el hacer creer a la gente que la política general de los vietnamitas consistió en torturar a los prisioneros.

La verdad, por el momento, parece ser ésta: una minoría de ex

prisioneros aseguran haber sido torturados. Muchos de ellos califican de tortura el hecho de haber sido obligados a comer arroz, a beber agua caliente (los vietnamitas hierven el agua para matar las bacterias), a inclinarse ante sus carceleros, así como el hecho de haber estado incomunicados. Un número casi igual de ex prisioneros denun-

cian la dureza de las condiciones de detención, y algunos no tienen crítica alguna que hacerles a los vietnamitas. Aunque estos hombres sean sinceros, debemos preguntarnos si el racismo no habrá influido en sus interpretaciones. Debemos igualmente considerar las circunstancias en que se desarrollaron los presuntos malos tratos. ¿Cuántos casos de brutalidad tuvieron como motivo el hecho de que el prisionero se negara sistemáticamente a cumplir el reglamento? ¿Y cuántas veces se habrá dejado incomunica-

do a un prisionero por haberse empeñado en llevar a la práctica la consigna militar de conspirar contra sus guardianes y tratar de evadirse? ¿Cuántos prisioneros necesitan hoy justificar las declaraciones violentamente hostiles a la guerra que hicieron durante su cautiverio para no tener que comparecer ante un tribunal militar?

Hemos de darles la bienvenida, debemos congratularnos porque hayan vuelto sanos y salvos, con todos sus miembros incólumes, pero hemos de evitar el hacerles —y hacernos a nosotros mismos— el flaco servicio de erigirlos en héroes. No son, en efecto, simples soldados, sino hombres muy bien seleccionados y estupendamente remunerados los que participan en la campaña «pro rehabilitación de la guerra». Los que hoy elevan su voz no son unos pobres hombres que se han quedado sin un brazo o una pierna y que no pueden encontrar trabajo, sino oficiales de carrera pertenecientes a la «élite» militar. Como lo expresó el ex prisionero y «boina verde» George Smith: «No nos secuestraron en el campo de golf de Fort Bragg. Nos habíamos presentado como voluntarios» (...).

Algunos han admitido valientemente que ya no piensan como antes: «He tenido tiempo para reflexionar sobre lo que hicimos en aquel país, y he sufrido remordimientos de conciencia», afirma el capitán de Marina Walter Wilber, al que yo conocí en Hanoi. Pero no es a este tipo de hombres a los que el Pentágono convierte en héroes. El Pentágono elige a otros, como ese ex prisionero que calificó los bombardeos de Navidad sobre Vietnam del Norte como «el más hermoso espectáculo del mundo», y que dijo que hubiera preferido pasarse unos años más en la cárcel antes que «volver como un vencido» (...). Esos son los nuevos héroes, según Nixon (...).

Si creemos que todo eso no tiene importancia, conviene que volvamos a ver la película «Cabaret». Una película encantadora, en la que todo parece tan normal, todo lo que rodea a esa graciosa estudiante americana que va brincando de un amor a otro. Es preciso estar muy atentos para descubrir, en medio de la multitud, a esos hombres de camisa parda, tan pulcros, tan corteses y que cantan su himno nacional con tanto ardor que todos los circunstantes se ponen a corearlo. Cuesta comprender el que estemos asistiendo al nacimiento de la Alemania nazi.

Nos han enseñado a pensar que el fascismo sólo llega acompañado de cárceles y bayonetas, y esto nos condiciona hasta el punto de que llegamos a olvidar que puede el fascismo adoptar nuevas formas. Una de ellas consiste en convencer a los esclavos de que son libres, y esto es lo que puede ocurrirnos si permitimos que el Pentágono convierta en héroes a los antiguos prisioneros de guerra, si consentimos que les coloque a los vietnamitas la máscara que más le conviene. No son los pilotos americanos quienes sufrieron un «lavado de cerebro» en Vietnam, somos nosotros, el pueblo americano, quienes lo estamos sufriendo en nuestro propio país.